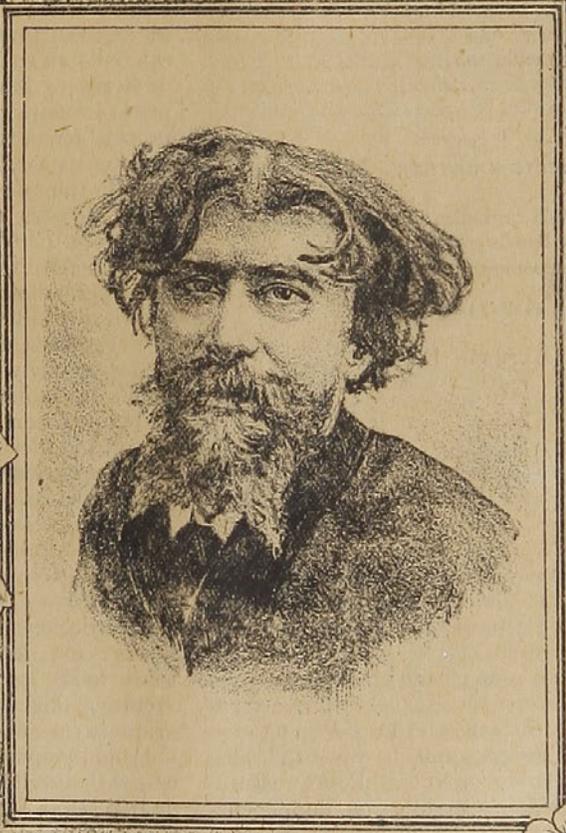




# LA REVISTA DE SANTIAGO



**Mr. Alfonso Daudet**

DISTINGUIDO NOVELISTA FRANCÉS

# LA REVISTA DE SANTIAGO

AÑO I NUM. 2

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

Sale á luz los Domingos

DIRECTOR

FRANCISCO M. A. CONTRERAS Y.

Dibujos á la pluma de Emilio Dupré

Colaboración de distinguidos literatos chilenos y extranjeros.

## TARIFA

Suscripción por un año.....	\$ 5.00
Id. por medio año.....	2.50
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

OFICINA: BANDERA 523.

NOTA.—Toda comunicación debe ser dirigida al Administrador, Bandera 523.

## Nuestro álbum

ALFONSO DAUDET

† 1897

La benévola naturaleza le ha colocado en ese punto esquisito en que acaba la poesía y empieza la realidad.

EMILIO ZOLA.

El naturalismo es hoy, indudablemente, un enfermo desahuciado, un moribundo. Nacido con el robusto Balsac—«el toro»—y languidecido y degenerado con el brillante Maupassand—«el loco»—no cuenta en el día más que con su poderoso padrino, Zola, inquieto y angustioso en los últimos estertores de la agonía. Hace ya muchos años que la juventud parisiense le ha negado su voto. «¡Pobre naturalismo, dice Gómez Carrillo, que tantos enemigos tiene hoy entre los jóvenes!

Los «parnasianos» primero y las sectas simbolistas en pos no han hecho sino despreciarle, considerándole falso, antiestético, demo-

crático.—Y tienen razón. ¿Quién podrá jamás conocer las verdaderas leyes de la naturaleza? En el mundo ideológico las únicas estrellas polares son la Fe y el Ensueño, hijos del corazón... Sin embargo entre los «alumnos» de esta «escuela» hay algunos que, iluminados por el nimbo de su propio talento, han conseguido la admiración de los inteligentes. El más apreciable, el más gentil, el más ilustre es, sin duda, Alfonso Daudet. Y es que Daudet fué el mejor que supo independizarse de las monomanías groseras del «sistema»;—pretensiones de convertir el Arte en cátedra de fisiología y al artista en profesor y médico; «afición á buscar llagas que analizar, y por una propensión natural de médico, á ver tan sólo llagas y no la parte sana, y aún á negar que esta parte sana exista.»

El soñador hijo de la Provenza que llevaba su sol en las venas; el que se estrenó en el mundo artístico con ese manojito de frescas rosas que se llama *Los amoureuresses*; el que fué saludado en su horto con el título halagüeño de heredero de Musset había nacido—así siempre lo he soñado—para escenariar más brillante, mas aéreo, más azul... Tengo para mí que el «escultor» de *Safo* erró su vocación. Por eso cuando trata de ser fiel á los rumbos naturalistas, su obra aparece desgarrada, grisácea, artificiosa. *El Nabab*, que ha sido considerado por la Señora Opinión como su novela maestra, á pesar de sus galas de forma, sorprendentes, resulta al fin pesada como su protagonista—el grosero levantino. En cambio las *Cartas de mi molino* y algunas páginas de *Safo*, en donde da amplia rienda al hipógrifo aligero de su temperamento, contienen pasajes tan hermosos, tan ideales, tan admirablemente cincelados capaces de satisfacer el más refinado paladar artístico.

Con respecto á la forma de expresión—en lo cual el naturalismo ha ejecutado una progresiva evolución, no hay que negarlo—no cabe sino elevar á Daudet un aplauso nutrido y sin restricciones. Yo siempre he reconocido en la elocución de los escritores modernos, por sobre todas las sutiles clasificaciones de la «retórica oficial», dos grandes cualidades: la «riqueza» ó sea la brillantez de los matices, el acopio y oportunidad de los detalles, la facultad de escribir en imágenes, y la «propiedad» ó sea la compaginación fluida de los períodos, el eslabonamiento como instintivo de las ideas, evocando la negación del artificio con lo que es el más difícil de los artificios. Gautier tuvo en un grado deslumbrador la

primera de estas cualidades, pero no tuvo la segunda. Alas tiene la segunda pero no la primera. Daudet las reunió ambas. Y es todo lo que respecto á su «forma» os puedo decir.

La idea de la libertad del Arte es otra cualidad de Daudet que hace reconocer la organización superior de su temperamento. *L'Immortel* fué una revelación. La aurora que en ese libro despunta es hoy el día que nos ilumina. Las valientes palabras de Vedrain—«yo no trabajo por el Oro, ni por la Gloria, ni por el Público; trabajo por espontanearme»—son el evangelio de la actual generación.

Daudet consiguió la verde palma del triunfo. Los críticos de todos los países hablan de su obra con sincero respeto y, poco antes de morir, la Academia Francesa se disponía á abrirle sus puertas. Cuanto á los desprecios de algunos *snobs* parisienses, juzgo con Gómez Carrillo: «puras injusticias, ó mas bien, puras cuestiones de puntos de vista.» En América sus libros son leídos con entusiasmos que ya en Europa no despiertan y cuenta con numerosos é inteligentes rapsodas que sueñan aún con los besos rosados de Fan Ledgard, con el lance de Paul Astier—y con los millones del Nabab...

FRANCISCO M. A. CONTRERAS V.

## Resonancias

Nuestro éxito.—Felicitaciones—comentarios: el *chilenismo*; nuestro álbum nacional.—Revistas ilustradas: *La Revista Cómica*, *El Figaro*.—Libros.—El año negro.

A pesar de haber salido en tan mal día, tempestuoso y siniestro; día á todas veras inadecuado; día martes—«no te cases ni...»—el éxito alcanzado por el primer número de nuestra Revista ha sido por demás halagüeño. Las felicitaciones enviadas de los ocho puntos de la prensa y de personas caracterizadas de nuestro mundo literario han sido innumerables.—¡Gracias, mil gracias! El giro de unidad y cosmopolismo artístico dado por la dirección á la parte literaria ha sido apreciado en su verdadera inestimable importancia; y los bellos grabados ejecutados á la pluma por el inteligente joven Emilio Dupré, tan elegantes, tan geniales, tan nuevos, han arrancado un nutrido aplauso de admiración en este país en que los buenos dibujantes son lo que los oros en el bolsillo de los periodistas... Nuestro folletín, *La Duquesa azul*,—última novela de Bourget,

traducida especialmente para nuestra Revista—ha llamado también grandemente la atención de los «entendidos»—jóvenes lectores, damas sentimentales—amantes de las buenas letras.

—Perfectamente!... nos decía ayer un caballero, conocido literato, que nos detuvo en el «centro» para felicitarnos:—Perfectamente! La composición firmada por bravos «muchachos», los dibujos bellísimos, pero yo estimo que á su Revista le falta, tal vez, algo de *chilenismo*. (Nosotros pensamos en las palabras de Valera á Darío: «yo querría para Ud. algo más de *españolismo*...»)

—¡Y las *Resonancias*, le contesmos, y la variedad, *Santiago Elegante* (desde el segundo número inauguraremos con este título una sección de notas sociales) y la genial caricatura *El dandi y el roto*?

—Pero los retratos... Todos extranjeros...

—Nó, señor. Poco á poco. Publicaremos también un álbum de fotografías de literatos nacionales, la flor de nuestra intelectualidad; tales como de los señores: Eduardo de la Barra, Alfredo Irarrázaval, Gustavo Valledor S., Luis Orrego Luco, Federico Gana, Angel C. Espejo, Pedro A. González y algunos más que ya pensaremos...

—¿E irán acompañados de siluétas?...

—Sí, señor. Aunque aquí todos estos caballeros sean muy conocidos no hay que olvidar que nuestra Revista sale á pasear al extranjero...

Y pues que hablo de Revistas... Antes de de nosotros ha aparecido este invierno una serie de publicaciones ilustradas «de todos colores» en número tan crecido, que hará decir mañana que por algo ha sido fecundo este año negro—tan negro! Últimamente *La Revista Cómica*. A propósito de lo cual me decía un compañero:

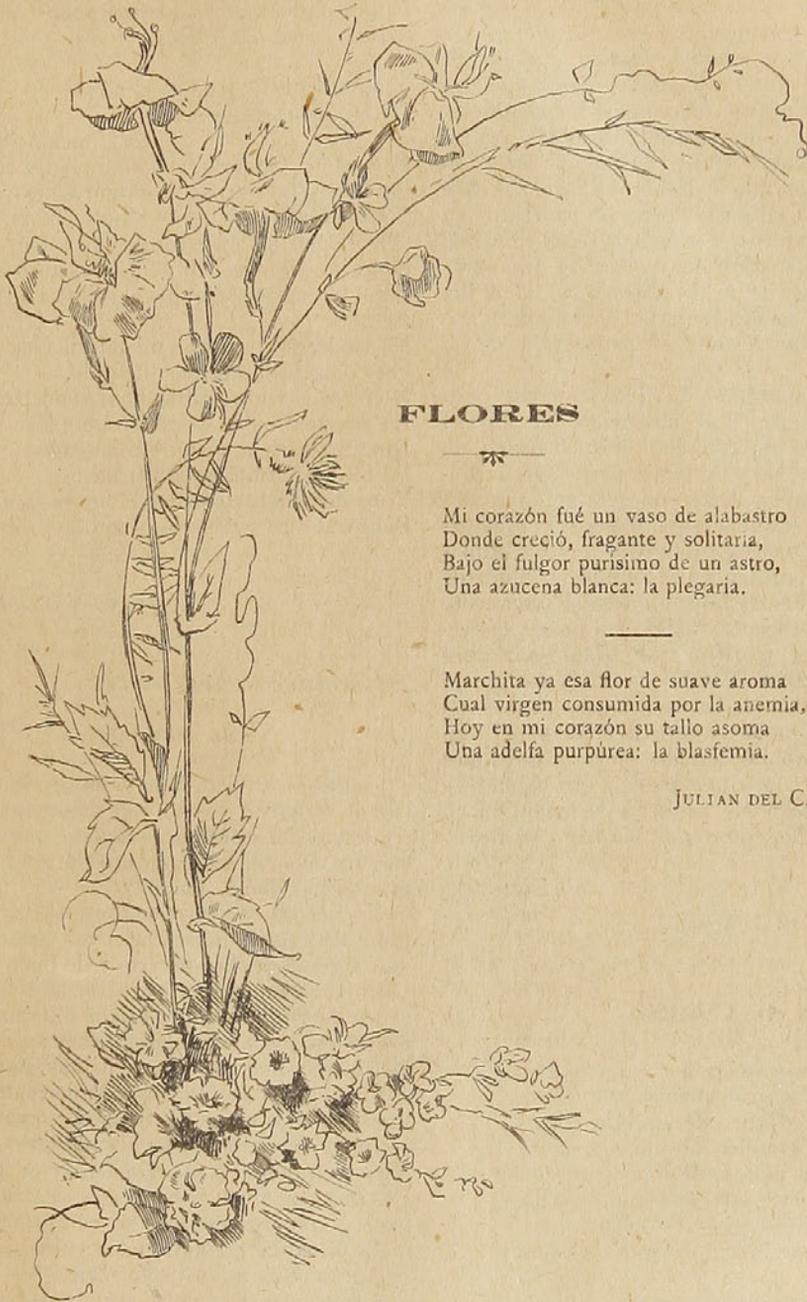
—¡*La Revista Cómica*!... ¡Qué broma, hombre! Un competidor más de los días domingos... ¡Qué broma!

—¿Por qué? le contestamos. Si *La Cómica* aparece con altos fines—la difusión del arte—en hora buena, que aparezca, que brille, y no será un competidor sino un colega. Lo demás son rivalidades de alumnos de colegios infantiles que pugnan por ganarse, cada cual para sí, el premio—un librito de cuentos ó una medalla de níquel.

Entre las otras publicaciones ilustradas á que nos hemos referido, *El Figaro* es indudablemente el que mejor ha sabido hacerse acreedor al aprecio del público. Cuando aún era



EN EL HOGAR



## FLORES

---

Mi corazón fué un vaso de alabastro  
Donde creció, fragante y solitaria,  
Bajo el fulgor purísimo de un astro,  
Una azucena blanca: la plegaria.

---

Marchita ya esa flor de suave aroma  
Cual virgen consumida por la anemia,  
Hoy en mi corazón su tallo asoma  
Una adelfa purpúrea: la blasfemia.

JULIAN DEL CASAL

anunciado por la prensa, picantes comentarios volaban acerca de la obra que se prometía llevar á cabo. Y bien, después que le hemos leído ¿qué encontramos en sus columnas? Nada más que charlas alegres, pimentadas pero no groseras, sostenidas por conocidas plumas de nuestro diarismo:—los ramilletes de rosas verdes de Bocaccio; las notas teatrales «son ribetes colorados» de Ariel; las anécdotas sencillas, á lo Taboada, de Ego, y, sobre todo esto, las atinadas líneas de rumbo de su Director. Cuanto á *Fecundidad*, dos palabras. *Fecundidad* es la última novela de un autor célebre. Pues bien: *El Figaro* la da á luz como una novedad literaria. Y nada más. Lo propio de *La Nación*, el distinguido diario bonaerense.

¿Y libros nuevos?—De libros nuevos poco podemos decir. ¡Han aparecido tan pocos! Últimamente se anuncian dos: *Dolorosa* de Carlos Varas M. y un tomito de versos de Federico González. Este año tan generoso en temporales, inundaciones, siniestros espeluznantes, víctimas sangrientas y revistas efímeras ha sido por demás infecundo en libros de arte. Y por demás infecundo ha sido en acontecimientos sociales, bailes suntuosos, novedades líricas, matrimonios «dorados», pues fuera del «triste» baile de caridad—que no fué de caridad—de las «normales» noches del Municipal ó de las bailarinas enanas del *Salón Apolo*, no ha habido mayores ocasiones para que los fraques paseen sus flamantes colas de pavo y las pecheras ostenten su almidonado hilo, como una lámina ebúrnea...

FRÁNCIS

Santiago, 19 de agosto.

### Paisaje de Otoño

Era un paisaje de Otoño: una playa  
Lúgubre; una tarde silenciosa y fría—  
En el sueño estático de la diosa Maya  
El alma del mundo dormir parecía.  
Algo que era mezcla de sopor y angustia  
Había en el aire y en la planta mustia  
De cuyo ramaje gris y ceniciento  
Las hojas marchitas arrancaba el viento...

Fría y taciturna la naturaleza  
Del sol esperaba la luz y armonía  
Con sus creaciones de oriental belleza  
Y renacimientos de honda poesía.

¡Mas nunca él vendría sobre esas arenas  
Fecundando el germen de vírgenes flores,  
Nunca de las rosas y las azucenas  
Allí nacerían los frescos colores!...

Y aquel paisaje parecía el alma  
De la misma muerte...

Triste, melancólico,  
Con su gris sudario, con su inmensa calma,  
Con sus frías harpas de rumor élico,  
Como esos recuerdos de vida incolora,  
Que tienen los seres que nunca han amado,  
Sombríos, iguales sin noches ni aurora  
Perpetuo crepúsculo que el sol no ha rasgado.

En las largas horas de mi estéril vida  
Este paisaje sombrío contemplo,  
Mientras siento mi alma como adormecida  
En esa penumbra de gótico templo...  
Ninguna caricia, ni ningún ensueño  
De mujer entibia la pálida tarde,  
Y apenas si el arte—cual lámpara que arde  
Dentro de un santuario— me alumbraba en mi  
sueño]

GUSTAVO VALLEDOR

### Santiago elegante

EN EL HIGH LIFE

Como si estuviera bajo la impresión de un cuento oriental, evoco con somnolencia los recuerdos del suntuoso banquete que ofreció en su palacio el señor Arturo Cousiño y señora, al señor don I. Valdés.

No necesito adornar con oropel la esplendidez de aquella mansión, cuyos salones son una verdadera obra de arte y de buen gusto.

El comedor, cuyas paredes tapiadas con cuero de Córdoba y que estaba iluminado con profusión, lucía mil objetos de arte: porcelanas de Sévres, encerradas en vitrinas de cristal cuyos ángulos son alabarderos de tamaño natural, tallados en ricas maderas; aparadores en que el armazón sostenido por titanes, también esculpidos en madera, encierran mil preciosuras. La mesa servida con rica vajilla de plata, y que ostentaba en su centro una hermosa pieza del mismo metal cubierta de flores, presentaba un aspecto regio.

Serían más ó menos treinta personas las que se sentaron á su alrededor, entre las que sobresalían por su hermosura: la señora Lyon de Cousiño,—que dicho sea de paso, hacía los

honores con el buen tono de una princesa nacida para tal alcázar,—vestida de color naranja con tres volantes de encajes blancos recogidos al lado por ramos de pálidas rosas rosadas, lucía en su garganta un hermoso riñere de perlas;

La señora Costa Motta, de raso celeste hacía resaltar su belleza y elegancia;

La señora Elena Walker de Ovalle, traje negro con espléndida túnica de encajes blancos y la señora Cazotte de Concha ostentaba un espléndido collar de brillantes, y en fin, tantas otras que rivalizaban en hermosura y elegancia.

No concluiré antes de deciros que en el palacio Concha y Toro, y servido con esplendidez se han dado varios banquetes, de los que recuerdo uno ofrecido al Ministro de Francia.

Queda á las órdenes de Uds.

FRAC ROJO

### En otro tiempo.....

Convalecía de una larga y peligrosa enfermedad, y me hallaba blandamente extendido, entre colchas y almohadones, sobre una poltrona en el salón de mi casa. El doctor acababa de partir, después de administrarme una pequeña dosis de morfina.

Afuera caía lentamente la lluvia, y yo aspiraba con deleite por la ventana entreabierta aquel penetrante olor á tierra húmeda, á viento mojado. El cielo de ceniza pesado y triste que divisaba á través de los cristales se avenía bien con las vaguedades de mis sensaciones de enfermo. De cuando en cuando, levantaba el brazo enflaquecido para fumar lentamente mi cigarro; y mientras la onda azul me envolvía soñaba perezosamente... La conciencia de mi debilidad, me penetraba de una amargura indefinible y deliciosa que parecía destilar dulcemente en lo más hondo de mi corazón, cuyo secreto creía estar próximo á descubrir. Tal vez mi alma iba á estallar en un espasmo de aquel divino deleite, soñado no sabía dónde, y, sin embargo, la impresión se desvanecía como arrastrada por las leves espirales de humo...

Y el tic-tac igual y seco de un antiguo reloj de bronce, llegaba á mis oídos, adormeciéndome en el silencio y la soledad del gabinete.

Mis párpados principiaban á cerrarse, mi cerebro se oscurecía... Abrí los ojos una última vez con esfuerzo; vi con tristeza un pedazo de

cielo gris; traté de llevar á la boca mi cigarro, pero el brazo cayó pesadamente hacia atrás...

\*  
\*  
\*

Encontrábame en el mismo sitio y en la misma postura; pero mis sensaciones ¡cuánto habían cambiado! A la torpe somnolencia de poco antes, había sucedido una lucidez extraña, llena de inquietudes y temores. Producíame miedo aquel gran salón solitario. Todo lo que me rodeaba tenía un tinte siniestro, sobrenatural. Me sentía cercado de peligros; volvía los ojos con terror hacia los muebles de brocado, sobre los que se deslizaba la pálida luz invernal; hundía con angustia mi mirada en las profundidades grises y sombrías de los espejos; habría deseado huir de aquel destello lívido que caía del cielo y chispeaba lúgubramente en las molduras negras y en los dorados, haciendo resaltar grandes sombras sobre el pavimento.

Y aquellas sombras crecieron y se espesaron con una rapidez increíble. Parecían juguetear y perseguirse vertiginosamente sobre la alfombra, hasta que me envolvieron como en un denso y negro vapor, dejándome sumergido en una oscuridad profunda. Una palpitation extraña, un cuchicheo indefinible me rodeaban... De repente ví, como á través de un antejo de teatro invertido, abrirse en las tinieblas un pequeño agujero tras del cual se veía una pálida claridad; y allá al fondo, bien lejos, creí divisar una figura vaga que avanzaba lentamente.....

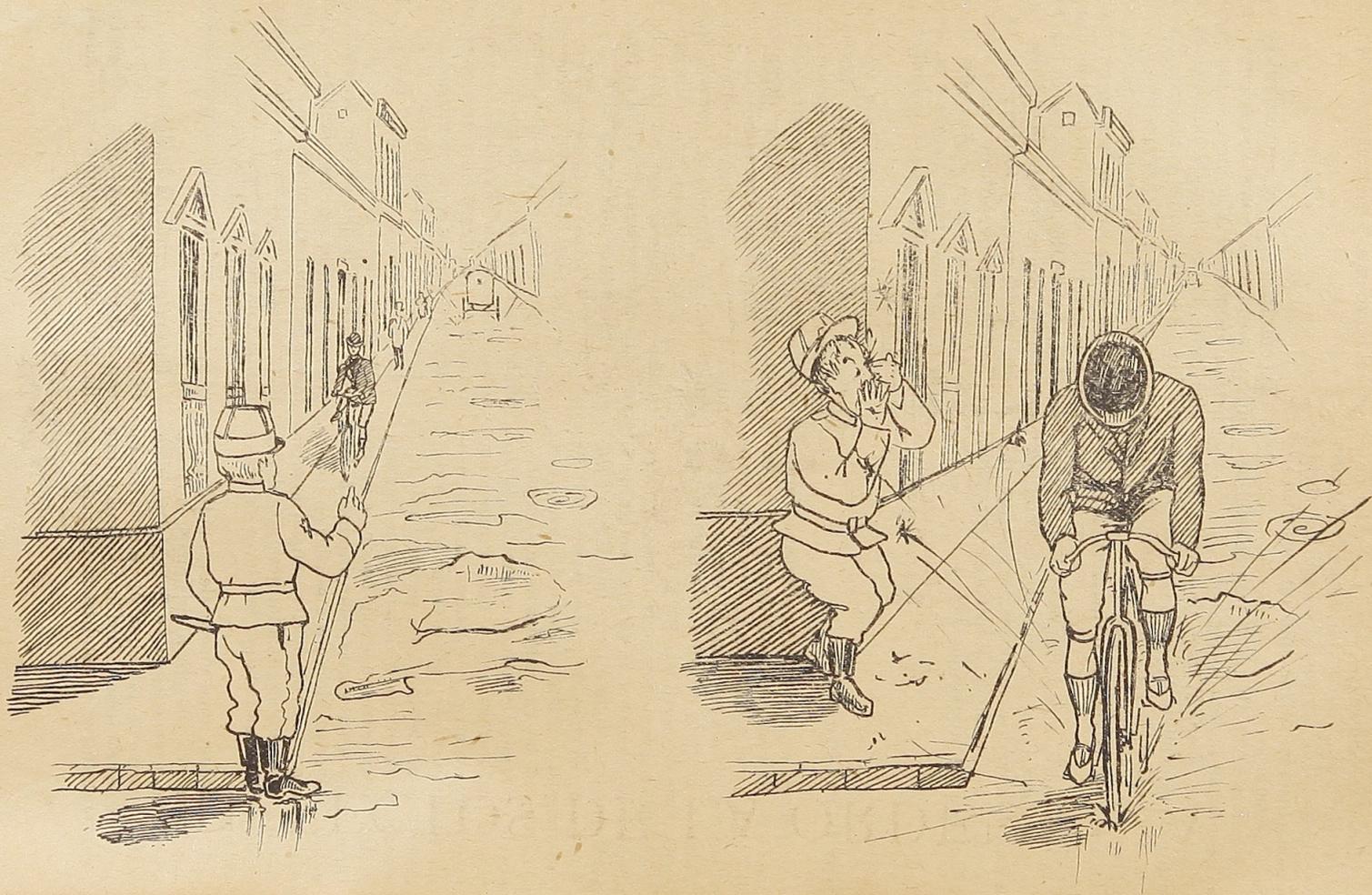
El péndulo del viejo reloj parecía regular su marcha con su lento y áspero tic-tac y la lejana figura avanzaba lentamente siempre por aquel interminable corredor. Creí que murmuraba confusamente una frase empapada en amargura, que mi alma comprendía, que había escuchado no sabía dónde...

En otro tiempo...! en otro tiempo...! ¿Te acuerdas?

Mi corazón palpitaba con violencia, las lágrimas humedecían mis mejillas... ¿Lloraba tal vez por un bien perdido para siempre, enterrado hacía largos años?... No lo sabía, pero me parecía sentir sobre mi pecho como la dulce caricia de una cabeza de mujer que en él se apoyara, oh! tan dulce é inocente como la de un niño!...

Una rafaga violenta de viento glacial pareció borrar las tinieblas. Entonces me vi de nuevo con desagradable impresión sentado en mi silla. Pero allá en el rincón, en el sofá de bro-

# HECHO DE POLICIA



# DEFECTOS DE LA ORDENANZA



S. L. MALO

cado, donde la sombra era más espesa, había ahora una figura blanca. Un velo vaporoso, al que la luz de invierno daba destellos de plata, la envolvía confusamente; y un perfume como de violetas y azahares parecía exparcirse en el aire de la sala.

Deseaba con todas las fuerzas de mi corazón acercarme á esa extraña figura, que parecía sufrir, pero una fuerza invencible me ataba á mi asiento. Una desesperación infinita se apoderaba de mí; y el reloj hacía oír siempre su lento, lento tic-tac.

De improviso vi con inmenso terror que aquella inmóvil y diáfana figura se erguía y, deslizándose sobre la alfombra, se aproximaba al gran reloj de bronce... Oí un chasquido seco y sordo que retumbó lúgubrementemente... El péndulo callaba por fin, y me pareció escuchar en el silencio y la sombra una frase tristísima que yo repetía maquinalmente:

Siempre, siempre...!

JULIAN SOREL.

## Cuento de la semana

DOS IMPOSIBLES....

En una de las haciendas que rodean el pueblecito de Talagante veraneaba yo el año 97, en compañía tan amena y agradable que no recuerdo pasara día sin fiesta ó sin paseo.

Muchas veces salimos de las casas del fundo sin rumbo definido y las circunstancias ó alguna peregrina idea de los del grupo nos decidía en el camino. Así fué como, sin quererlo, llegamos un día á la gran hacienda de Paico, y tan gratas y tan alegres se pasaron las horas allí que cuando el más sensato de nosotros anunció la vuelta, porque se hacía tarde, con desaliento se pidieron los caballos que se ensillaban perezosamente, como para detenernos un momento más.

Otro de mis amigos y yo, los únicos que con presteza arreglamos nuestra cabalgadura, decidimos ir á la vecina estación de Chifigüe á ver el tren que pasa en la tarde de Melipilla á Santiago, miéntras la alegre comparsa ensordecía el patio con risas y gritos, aprestándose para la partida.

En efecto, así lo hicimos y momentos después nos paseábamos por el andén de la estación, esperando el tren que no tardó en llegar.

Con esa curiosidad que en el aislamiento de los pueblos chicos se despierta por saber

las últimas noticias, buscábamos alguna persona conocida hasta que, sea por la extraña manera de mirar ó por la impresión que me hizo su hermosura, me detuve frente á la ventanilla de un wagón de 1.<sup>a</sup> clase en el cual asomaba su cabeza una mujer intensamente pálida, á cuyo correcto perfil formaban un limbo de sombra sus negros cabellos y con unos ojos que no los he visto en nadie, como solamente los he soñado yo, en los que, hundidos en un cerco morado, los párpados como dos pétalos de rosas, adornían unas pupilas negras, tan negras como el abismo.

No sé si fué por compasión ó por cariño, pero aquella mujer me acarició con la mirada envolviéndome en un efluvio de misteriosa atracción y sentí por ella, desde ese instante, uno de aquellos amores imposibles, sin esperanza, condenados á esfumarse para dejar, como el incienso, tan sólo un perfume.

Cuando ya concebía la idea de embarcarme en el mismo tren para seguirla, tan sólo por tener la satisfacción de estar cerca de ella, mi amigo rompió mi encanto diciendo:—Vamos, que los demás irán camino de Talagante.—Estas palabras tan naturales, me abrumaron de tal manera que sentí desfallecer en mi alma las esperanzas más puras y con ellas el objeto de mi vida; quería estar allí hasta el último momento, guardar la impresión de su postrer mirada y supliqué á mi amigo que esperásemos á que partiera el tren.—Apurémonos y lo podrás ver pasar en el camino del potrero de Paico, me respondió.

Yo no sé cómo salí de la estación, sólo recuerdo que sentía la impresión de un sueño que se desvanece y el dolor de condenarme yo mismo á olvidar esa mujer.

Llegamos al camino en que la línea corta el potrero de la hacienda cuando ya el tren nos iba á dar alcance. Por allí pasó como una visión fantástica envuelta en una nube de humo. Que nos reconoció no me queda duda alguna: porque nos sonrió y dejó caer una camelia blanca que presuroso recogí para llevármela á los labios. Después... después no la ví más.

Seguí mi camino con desaliento, pensando que acaso jamás volvería á ver á aquella mujer. Por retenerla un instante, hubiera dado cuanto tenía.

Al caer la tarde, vadeamos el río que tenía cambiantes de moaré, el paisaje languidecía envuelto en una bruma diáfana. El *angelus* sonó en la vieja esquila de la pequeña iglesia de San Francisco del Monte, cuya blanca to-

recita se perfilaba en la aureola de oro del sol que moría. Y llegó ese momento del misterio de la tarde que en ninguna parte se siente tan bello como en el campo. ¡Qué sólo se queda el espíritu en ese momento en que el viento que susurra entre los árboles, el río murmurando, y el bosque con sus tintes, concurren á realzar aquel conjunto de armonía. Sólo yo me sentí aislado en aquel concierto de la naturaleza y en mi alma se avivaron deseos imposibles: hubiera querido fundirme en un rayo de sol para besar con mi tibio ambiente á esa mujer adorable que me huía y que talvez me sería imposible volver á ver en la tierra. Imposible!

\*  
\* \* \*

La siguiente noche, como era de costumbre, nos fuimos al pajar que sobre las cocheras mira al jardín de la casa. Desde allí se contempla el hermoso panorama de los potreros con sus montoncitos de rubia paja que dejan las trillas, de las lucecitas en las chozas de los inquilinos; se oye el murmullo del río que inquieto se arrastra en la ladera del potrero que da al fondo de las casas, alternado con el eterno y monótono gorgojo de las ranas.

Ante aquel espectáculo quedéme sumido en una de esas abstracciones que sustraen el espíritu de cuanto nos rodea. No podría precisar de qué conversaban los del grupo, sólo recuerdo que en el cielo la luna adormida en el cenit, parecía un broche de bruñida plata, sujetando un dosel de terciopelo azul intenso salpicado de diamantes.

En aquel momento llegó hasta nosotros, como una armonía lejana, el sonido de una voz dulcísima, que entonaba una coplita que yo había oído varias veces en el Teatro Politeama. No sé si la naturaleza le prestaba su melancolía ó si la brisa suavizaba el canto; lo cierto es que aquella no era la coplita alegre de la zarzuela, sino la canción agradable de una armonía enferma.

Presurosos descendimos; unos por escuchar mejor, otros por la curiosidad de ver á la que así turbaba la tranquilidad de esa noche de verano, saturada de aromas. Cada cual tomó la posición que más le convino, algunos en la verja del jardín, que da al camino real, los otros, y entre estos yo, nos fuimos al portón.

Por el camino y del río, venían dos mujeres que por sus elegantes trajes nos causaron mayor curiosidad. Parecía que paseaban.

Llegaron cantando hasta la verja y, sea que vieran que las observábamos ó que á su paso

por frente de las casas no quisieran llamar la atención, lo cierto es que no cantaron más y siguieron por el empolvado camino hacia el pueblo.

Sentí una extraña atracción por aquellas mujeres, que, amantes de la soledad, se paseaban cantando, y al buscar sus rostros que la luna iluminaba débilmente, vi brillar aquellos ojos negros del día anterior, tan suaves, tan puros, tan atrayentes que hubiera corrido hacia ella, radiante de pura alegría para hablarla y quién sabe si... qué sé yo cuántas cosas le habría dicho; pero el respeto á las burlas de los que me acompañaban me lo impidieron. Y las dejé pasar, halagado con la idea de que al siguiente día las buscaría hasta encontrarlas y entonces.....—Son esas las de ahí, dijo alguien muy quedo cerca de mí.—Ah! dijo sonriéndose y haciendo un gesto picarezo.

Yo sentí los pies de plomo que me impedían huir, ahogué en mi garganta el insulto que les iba á decir y pasó mucho tiempo antes que pudiera moverme. No quería estar cerca de aquellos que habían muerto mi ilusión y me fuí á mi cuarto andando despacio.

En aquel momento volvían á cantar; no ya la canción alegre, sino una muy triste y melancólica que la brisa traía hasta mí como un lejano perfume.

Pensaba en mucha cosas que no recuerdo y en otras que no podré decir; pero hubiera deseado con placer mis aspiraciones más puras, por no conocer á esa mujer, que una palabra bastó á borrar de mi corazón. Hubiera querido, antes que eso, sufrir mucho; pero guardar en mi alma su recuerdo diáfano y puro, como guarda en sus pétalos la flor, la pura y diáfana gota de rocío.

En el silencio de la noche su voz argentina se percibía clara, vibrante y pura como sonido de perlas que chocan y era su canto cada vez más lánguido y dulce; me detuve un momento antes de entrar á mi pieza, para escucharla por última vez; y oí que la canción espiraba en su garganta, como un gemido, como un sollozo, con estas palabras:

Amor puede darse á muchos;

El corazón, sólo á uno.

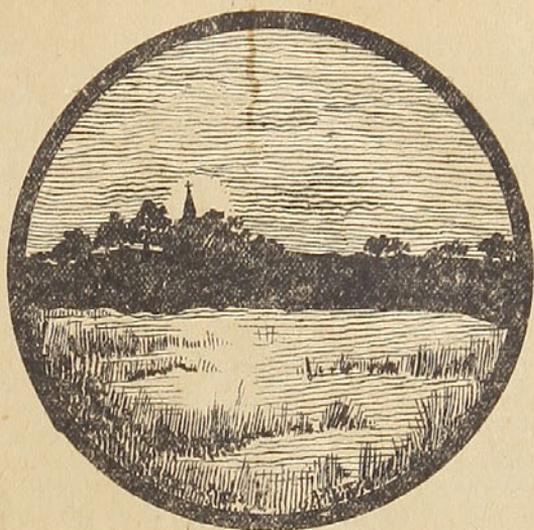
No podría precisar los infinitos pensamientos que cruzaron por mi cerebro, sólo sé que sentí amargura, despecho y recordé que las camelias no tienen perfume....

¡Ay! entonces comprendí lo que era un Imposible.

HORACIO SANDFORD B.



AMOR FIN DE SIGLO



## VINETA



¡Oh Rey de Oros, que imperáis en el palacio de la opulencia, en los ensueños de la cocota y en la carta de los naipes!

Yo soy poeta. Y soy opulento. Y soy feliz.

Para mí los besos de las virgenes azucenas de ojos dorados; para mí el misterio de las grandes aguas verdes, país de grutas decoradas de corales; para mí el cielo azul en donde el sol tiembla de amor, como un corazón que sangrara luces...

Yo soy poeta. Y soy opulento. Y soy feliz.

Oh! Rey de Oros, que imperáis en el palacio de opulencia, en los ensueños de la cocota y en la carta de los naipes!

**Esa es Lucía!**...Del libro *Esmaltines*.

Bajo la tarde alegre y sonrosada  
 Paseaba la Lucía del ensueño  
 En su lujoso traje gris sedoso,  
 Vibrante como alondra desalada,

\*

Cuando el pobre Poeta, á su mirada,  
 La vió así aparecer, arrugó el ceño;  
 En tanto sus amigos con empeño  
 Le decían riéndose: es tu amada.

\*

Pero él no contestó. Mudo, indolente,  
 Hizo un gesto de olímpica osadía,  
 Y siguió su paseo friamente.

\*

Mas notando en la noche que caía,  
 Una estrella de azul resplandeciente  
 Exclamó sonriendo:—Esa es Lucía!...

F. CONTRERAS V.

**Nuestro folletín** (2)

LA DUQUESA AZUL

Última novela de Paul Bourget

Traducida especialmente para LA REVISTA DE SANTIAGO

**Relato de un pintor**

He asistido estos últimos días al inesperado desenlace de una aventura que ha concluido de una manera casi bufa, después de haber estado á punto de volverse trágica. A pesar de encontrarme en ella mezclado en una parte muy débil, y como simple testigo, puse allí mucho de mi corazón para que no experimente hoy día ante semejante fin esa amarga sensación de la ironía de las cosas—cruel ó bienhechora, ¿quién lo dirá?

Es el frío del hierro que os corta, pero que os cura. Me ha venido la idea de ensayar una narración de toda esa historia. Indudablemente sería más razonable continuar alguno de mis cuadros comenzados, por ejemplo esta *Picquis perdonada* que tengo allí sobre un ca-

ballete desde hace años, ó bien una de esas naturalezas muertas: muebles usados, vajillas viejas libros muchas veces manejados que formaran la serie de los *Amigos humildes*. «Un pintor», repetía siempre mi maestro Miraut «no debe pensar sino con el pincel en la mano...» Yo creo aún, por ilustres ejemplos, entre ellos el mismo Miraut, que el pintor no debe pensar ni aún así. Pero, lo sé demasiado, yo no soy sino un pintor á medias, un artista de intención más que de temperamento, el esbozo de un Fromentin de segundo orden. Y cuán singular es aún esta tristeza: sentir que uno representa el duplicado de otro inferior—una prueba degradada y disminuida, de una plancha ya tirada—una muestra de humanidad en comparación de un modelo que ya ha vivido, y en el destino de ese modelo se puede leer de antemano todo su propio destino.

¿Todo? Nó. Porque demasiado me doy cuenta de que debo sufrir todas las insuficiencias de Fromentin, sin poseer jamás todas sus experiencias. Ni aún á él mismo, á ese maestro complejo y atormentado, no le bastaba su pincel. Él quería, con la misma mano nerviosa con que acababa de arrojar colores sobre la tela, arrojar tinta sobre el papel—y ¿qué resultado? Nosotros, los pintores, le reprochamos su pintura demasiado literaria, y los literatos su literatura demasiado técnica, demasiado pictórica, demasiado intelectual. Yo mismo en cada exposición, desde hace años, todas las reservas de mis condiscípulos, sus alabanzas sobre todo, ¿no significan que me falta una verdadera naturaleza de artista, original y visionaria? Ay! ¿Y qué necesidad tengo de mis condiscípulos para juzgarme? ¿Qué me dice mi conciencia? Si yo me expresase realmente íntegro con mi pincel ¿habría traído de España, de Marac, de Italia, de Egipto, tantas páginas de notas como el croquis? Amante de lo bello, aficionado, crítico—me he repetido bastante estas palabras, los sinónimos elegantes, de la espantosa y brutal fórmula: *un fracasado*. A lo sumo, tengo el derecho de corregir estas palabras agregando: un fracasado superior, y yo me demuestro qué razones hicieron de mí un ser demasiado cultivado para su poder demasiado afinado para su fuerza creadora. Si yo hubiera flotado durante quince años entre formas de artes y de inteligencia innumerables y contradictorias.

Pero qué? No era necesario comenzar en el liceo Bonaparte esos estudios, demasiado prolongados, demasiado completos, demasiado arrastrados en el sentido de la reflexión y de

los libros. No era necesario además, porque tenía, al revés del otro, un bonito pedazo de lápiz en mi pluma, entrar en la Escuela de Bellas Artes, estudiar bajo Miraut, partir para Roma y encarnizarme en esta incompleta vocación. Pero, qué todavía. No era necesario aun tener cuarenta mil francos de renta á mi mayor edad, ocios, nervios de mujer, poco ó nada de temperamento, poco ó nada de salud, el gusto de la gandulería que se deleita en la idea y en el objeto, la pasión del deleite cerebral, el amor, casi la manía de la sensación delicada y sutil. Es el fondo del fondo esto: algunos glóbulos de más en mi sangre, músculos más robustos bajo mi piel, un estómago más sólido, y habría sido un vividor vulgar y feliz. En vez de esto, he errado de país en país en busca de la salud y del sol, de museo en museo en busca de la revelación estética, y, más tarde, de cenáculo en cenáculo en busca de un credo de arte,—y de sueño en sueño en busca de un amor.

Yo habría sido el hombre de todos los comienzos y de todos los abortos en la vida del corazón, como en la de la inteligencia, por la misma causa, quizás física: esta irremediable incapacidad de fijarme, de afirmarme, en que reconozco hoy día la extraña originalidad de mi carácter. Cuando se percibe con esta implacable nitidez las infrangibles condiciones con que os aprisionó la naturaleza, ¿no es lo mejor aceptarlo? Pensando en esta gran ley de la madurez razonable, he tomado un partido al menos sobre un punto esencial: el de mi trabajo. Esto ya es algo. Me he dado mi palabra de no roerme con vanas ambiciones. Seré un pintor mediocre; he aquí todo. Si esto es así, por qué me recusaría el placer de escribir que yo me vedaba en otro tiempo, por disciplina. Ya que me es evidente que el nombre de M. Vicent La Croix no brillará jamás en el seno de la gloria entre los de Gustavo Moreau, de Pavis de Charanne y de Buane Jones, por qué motivo M. Vincent La Croix se privaría de esta compensación: perder su tiempo á su gusto como un amante rico de lo bello, que es, como un aficionado que permaneciera, como un crítico,—como un fracasado? Esta es la razón por qué acabando de volver á vivir en pensamiento los episodios de una verdadera pequeña novela en que me ha iniciado el azar, he preparado papel, pluma y tinta. Y, nueva prueba de que la genialidad espontánea y centellante me faltará siempre, me agoto en explicarme los motivos que tengo para empezar este relato, en vez de

empezarlo valientemente, sencillamente. Veo de él hasta los menores detalles ante mí, y ¿qué necesidad tengo de excusarme ante mí mismo de un trabajo que me tienta? Yo seré dueño de destruirlo una vez terminado, si me avergüenzo de él. He roto tantas telas que juzgué malas! Esta vez dos trozos de leña en la chimenea y un fósforo bastarán. Es una de las indiscutibles superioridades de la literatura sobre la pintura.

## I.

Tengo un punto de mira particular para acordarme con claridad de la fecha precisa en que comenzó la aventura que voy á contar. Era exactamente el día en que cumplí mis treinta y cinco años. Hace ya veintinueve meses. Había pasado este aniversario bajo un peso de melancolía más opresor que de costumbre. La razón? La misma siempre: este sentimiento de mis facultades á la vez sin empleo y limitadas; ese límite de mi talento tocado y vuelto á tocar sin cesar. El pretexto? Sonrío del pretexto. Sin embargo, qué hombre de imaginación, no ha tenido en su juventud, infantiles y heroicos partidos tomados consigo mismo? Qué artista no se ha fijado de antemano etapa en el camino de la gloria, comparándose mentalmente á algún personaje ilustre? César, que bien valía otro, decía temblando: «A mi edad, Alejandro, ya había conquistado el mundo». Grito heroico, cuando en él palpita el orgullo de un poder todavía desconocido, doloroso cuando la convicción de una impotencia definitiva exhala ese inútil suspiro hacia el triunfo. Yo no soy César, pero todas mis memorias íntimas—y he tenido algunas, Dios mío! he tenido algunas—abundan en fechas que fueron para mí citas dadas á la fama, y á las que la pérfida no ha venido. Yo los había ojeado estos pobres cuadernos, testigos de mis candideces, como me sucede infaliblemente en ciertas vueltas del tiempo: el primero de Enero, el aniversario de mi nacimiento. Había caído sobre algunos viejos versos escritos casi á la salida del colegio, cuando rimaba tanto como me peinaba.

(Continuará)



—Vamos amigo al carrucel?  
—¿Dónde es eso?  
—¡Pues, en la plaza!